

Marta Vilallonga

Rituales para una vida estética



Texto
MARTA RODRÍGUEZ BOSCH

Fotografía
CARLOS PUIG PADILLA

—Tres décadas como responsable de interiorismo en el taller de Ricardo Bofill reportaron a Marta Vilallonga la gran **mundología** que hoy despliega desde su propio estudio. Su casa de Barcelona la diseñó, con apenas 20 años, el genial arquitecto, que fue su pareja—

La interiorista Marta Vilallonga alza la vista hacia la fachada de la calle Johann Sebastian Bach, 4, de Barcelona, y admira las insólitas gárgolas contemporáneas que la remachan. Estamos frente a un icono de la arquitectura barcelonesa de los sesenta proyectado por un jovencísimo Ricardo Bofill recién cumplidos los 20 años, que ya apuntaba genialidad arquitectónica. En el ático, con chimeneas homenaje a Gaudí y preciosa vista panorámica de la sierra de Collserola, habita hoy Marta Vilallonga. En los bajos, la vitrina con reminiscencias a la secesión vienesa remarca la entrada a su estudio de interiorismo.

Es un edificio atípico en el barrio de la Bonanova, pues se diseñó con dos entradas. La primera daba acceso a 21 viviendas sociales de renta limitada, y la segunda, a 12 pisos burgueses, donde el virtuosismo del trabajo con artesanos del hierro, el latón, el cuero o el ladrillo aún deslumbra. Vilallonga conocerá tiempo después a Bofill y se convertirá en su colaboradora y pareja durante los últimos 30 años de su vida. El dúplex que compartieron ambos lo reformó ella en el 2017 manteniéndola esencia, pero añadiendo su impronta.

A Marta Vilallonga le hizo interiorista un cúmulo heterogéneo de vivencias y circunstancias. Crecida en un entorno artístico y bohemio entre Cadaqués y Montreal, hija de pintor catalán y madre canadiense, recuerda que a los tres años ya perseguía con una minicaretilla a su padre por los andamios de la casa de Cadaqués en construcción. Y el fervor de la Exposición Universal del 67 en Montreal: "Sobre todo el pabellón esférico de Buckminster Fuller y el edificio Habitat 67 de Moshe Safdie, donde vivía una amiga mía, fueron para mí una total revelación". El encuentro casual de la fotografía de un escenario de Adolphe Appia, con imponentes escaleras, le llevó a cursar un año de Escenografía en Barcelona. Asidua de la filmoteca, considera a Bergman y Welles sus iniciadores en el lenguaje espacial.

En los ochenta trabajó en Nueva York en el despacho de Richard Meier. "Allí quedé impregnada por el blanco. Es el color que realmente te deja ver las formas", observa. Cuando hace un lustro reformó el ático que ahora habita, este color ganó presencia con su capacidad de convocar calma y espacialidad. Los nuevos suelos de mármol blanco con juntas

Detalles de estilo

Marta Vilallonga, en su casa de Barcelona. La tensión curva de los techados originales de los años sesenta recoge los espacios

Protagonismo al blanco

La escalera es un prodigio de sutileza, con los peldaños sesgados



Luz de Murano

Entre sus piezas fetiche, las lámparas de la biblioteca, que comunican con la terraza con piscina

El color de las formas

El blanco es protagonista, con suelos y mesas de mármol. Las sillas son de Gaudí, y la lámpara, de Carlo Scarpa



de latón retoman el recurso que Bofill ya empleó en el hall de entrada del inmueble burgués. Enmarcado en un pavimento continuo de microcemento de tono hueso, lo ha prolongado a las terrazas. Las paredes de estuco a la cal semimate completan la envolvente.

Ha escogido mármol blanco vetado, seleccionado de una cantera de Italia, para el conjunto de mesas de la casa: sala, comedor y office, como sutil contrapunto. La luz es uno de los tesoros del lugar que Bofill trabajó a conciencia. En su evolución a lo largo del día, crea sugerentes juegos cambiantes. "Para mí la luz lo es casi todo", comenta Vilallonga. También destaca la arquitectura que invita a establecer hábitos y rituales en las vidas de las personas. "Desde sacarte los zapatos al entrar en una casa, hasta sentarte y ver cómo las luces y sombras van pasando por una pared. Y quedarte en estado de contemplación".

La palabra estética —del griego *aisthesis*, que en su traducción literal significa sensación— cuadra a la perfección con el universo Vilallonga-Bofill. Ella lo reconfirma: "Ricardo era un devorador de sensaciones con una actividad mental excepcional". El trabajo y predilecciones de esta interiorista se ha visto igualmente guiado por ellas. Entre sus personales espacios de culto está el templo de Kiyomizudera en Kioto, que le inició en la contención y la sobriedad, tanto en la intención como en el trazo. "Sobre todo la estructura de madera en la que descansa, donde se puede admirar el arte secular del ensamblaje". La Piazza del Campo en Siena, con su forma de concha y ladrillos rojos en el pavimento, es otro. O el innovador Walden 7 de Bofill, de 1975. Antes de que se construyera, el padre de Marta ya compró sobre plano dos módulos. "Recuerdo haber alucinado con la espacialidad interior del edificio y su gama cromática. Siempre que vuelvo a recorrer sus pasillos descubro nuevas geometrías y nuevos nombres increíbles en sus corredores: Neruda, la Pasiónaria, Groucho Marx y cientos más".

Aunque quizás el lugar más bello sea el desierto del Sahara. "Es el espacio más grande que he conocido y al que me inició Ricardo. Es el silencio total. Estética de la pureza del paisaje. Una duna puede llegar a tener 25 kilómetros, una arista perfecta detallada sobre el índigo del cielo y el ocre de la arena. Estética a un punto elevado"



HOMENAJE

Reedición de piezas maestras

Actualmente desde su despacho, el Taller Design de Marta Vilallonga, desarrolla sus propios proyectos de interiorismo y diseño. Y rinde homenaje al que considera su maestro y mentor, Ricardo Bofill, mediante el desarrollo y actualización de

algunas de sus piezas de mobiliario y objetos. Como la silla que el arquitecto creó con proporción áurea para el edificio SWIFT en Bruselas en 1986, de reciente edición en colores monocromos. La serie de lámparas Colombo para un hotel en Porto Santo, isla junto a Madeira. O las recientes velas para Cerabella con las que quiere representar el desamparo de una pérdida.